

HISTORIA DE UNA MUERTE

NARRACIÓN GRANADINA

JUANA era una muchacha preciosa que vivía en Granada, querida por un joven que se miraba en sus ojos, como en el cielo de su dicha.

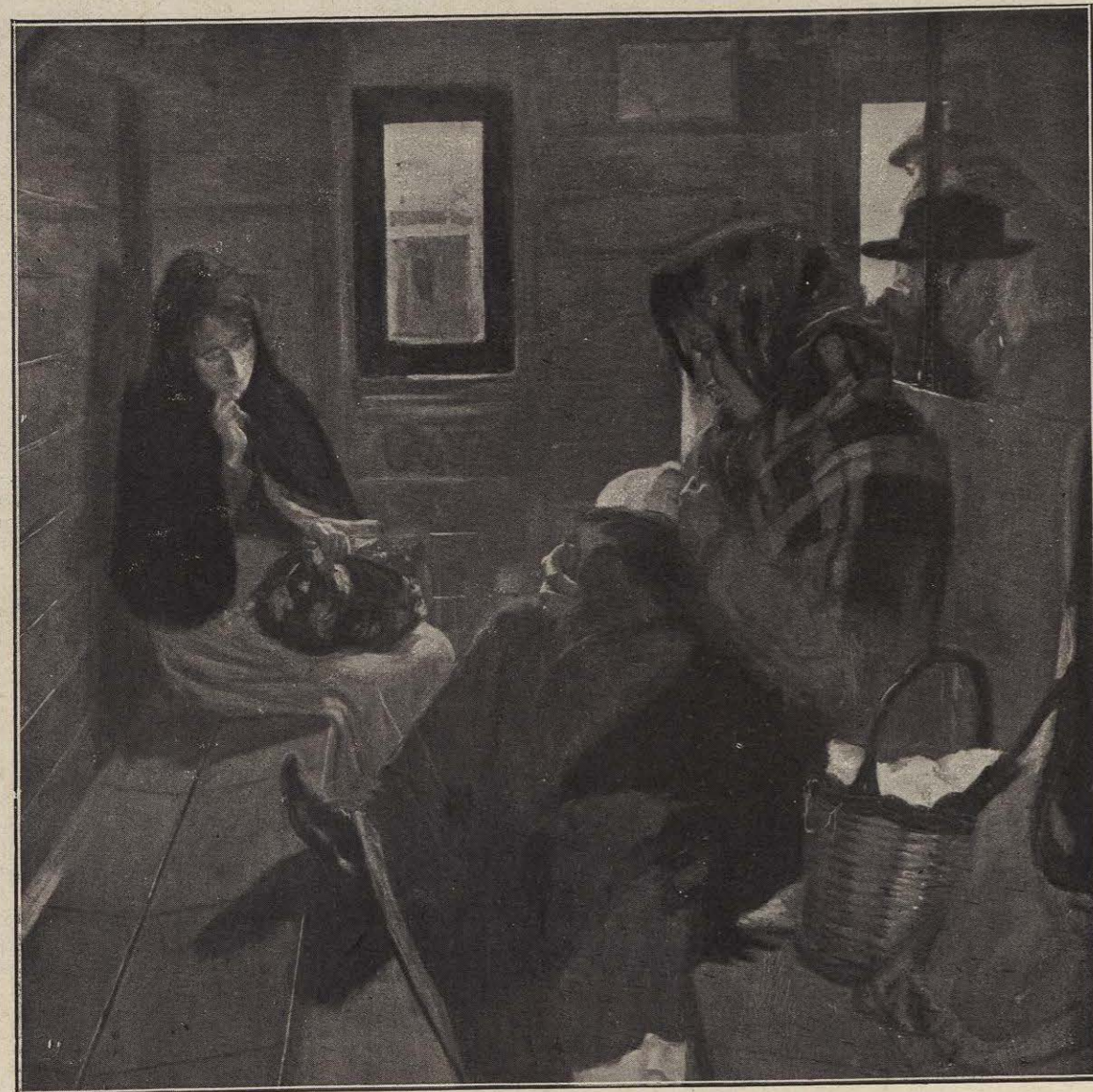
Granada, esa ciudad andaluza, último baluarte de los moros, no es sólo el pueblo de la Alhambra y de las leyendas, de la vega, del Generalife; es también el país de las tradiciones caballerescas en donde se conserva con poca pureza el carácter árabe, con sus pasiones, con sus venganzas, con sus odios.

Por eso no es extraño que sus hijos conserven mucho en sus corazones de esos extremos, y que las granadinas sean tan hermosas como capaces de grandes pasiones.

En sus ojos, focos de luz y rayos que abrasan, ya se forja la chispa eléctrica que mata, ya brota la esplendorosa llama del amor que enloquece.

De hermosa cara y pecho amante, airoso cuerpo, mucha sal y un pico de oro, Juana tenía no pocos adoradores y un novio.

RAFAEL TORRE Y ESTEFANÍA



¡INCLUSERO!

Tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid (1901).

Esté último se llamaba Curro.

Todas las noches, muchas veces á la luz de la luna, cuando suena la hora, en Andalucía, de que las amantes parejas se comuniquen sus impresiones y se digan y se repitan sus amores, Curro se acercaba á la reja de Juana y, embozado en su capa, que terciaba con gracia, calado el sombrero y con un cigarro en la boca, rondaba, con la inquietud del enamorado, la casa de su novia. Era el palacio de sus sueños. Devoraba con la vista la reja y lanzaba al aire comprimidos suspiros. Las puertas vidrieras de la reja se abrían al cabo, apareciendo tras ella el ideal del alma de Curro. Juana se asomaba y el complemento de la dicha del mozo se realizaba en aquel punto.

Así pasó algún tiempo, siendo muchas las noches en que aquellas escenas se repitieron; pero una espesa nube vino á cubrir de sombras la felicidad de los dos amantes.

Uno que se llamaba, falsamente, amigo de Curro y que sentía un amor ciego hacia Juana, empleó para separarla del novio uno de esos medios que Satanás concibe en el averno para llevar almas á sus dominios.

La calumnia habló por su boca. Su lengua atentó á la honra de Juana. Curro pasó por esas gradaciones que motivan á veces los falsos testi-

monios; no creyó en principio, dudó después y acabó por estimar ciertas las aseveraciones de su traidor amigo.

El veneno surtió su efecto. Curro sintió primero el hielo del indiferentismo y concluyó por experimentar hacia Juana repugnancia y desprecio.

Ella fué notando las variaciones de su novio. Este, á fuerza de interpelaciones y escenas violentas, continuados altercados y todo género de acritudes, dijo el motivo de su actitud.

Las relaciones amorosas quedaron rotas. Del idilio se pasó al drama.

¿Sería culpable aquella mujer? ¿Se ocultaría el cieno del vicio bajo el volcán de aquella mirada?

Nunca se había oído hablar de ella en mal sentido. Recta había sido siempre su conducta y muy puros los sentimientos de su alma.

Pero ¿quién es capaz de penetrar en lo íntimo de la vida de una mujer?

Las manchas de la deshonra no aparecen á veces en la mejilla con el carmín del rubor.

Todo esto y algo más pensaba Curro en aquellos momentos que antecedieron al rompimiento con su novia y se agolpaban á su mente en tropel, oprimiéndole el pecho, bajo la pesadumbre del escepticismo.

El amigo de Curro había logrado su intento.

Libre de su rival, trató únicamente de conseguir el amor de Juana, á quien suponía ignorante de la calumnia que él le había levantado ó, cuando menos, del nombre de su autor.

¡Cáunto se engañaba!

Pero su amor subió de punto al acercarse á Juana y ver que ésta escuchaba sus requiebros y admitía su amor.

Le manifestó deseos de casarse con ella en seguida y de pedir su mano á sus padres; pero Juana le dijo que era imposible porque se oponían á que se casara, añadiendo que había un medio de realizar sus propósitos: escaparse con él.

La proposición fué aceptada en el acto.

Quedó fijado el día y la hora de la fuga.

El futuro esposo de Juana buscó una casa que sirviera de nido provisional á su paloma.

Llegó el momento de la partida. Las puertas vidrieras de la reja se abrieron. Era más tarde que las otras noches. Juana apareció por allí con algo extraordinario en el rostro, que no comprendió su raptor. Se cambiaron algunas palabras. Juana se metió dentro y al poco rato abríase sigilosamente la puerta de una casa.

Una mujer cuyos ojos despedían una luz vivísima en medio de la profunda obscuridad de la noche, fué destacándose por el estrecho hueco de la entreabierta puerta. Era Juana, envuelta en un mantón negro como las penas de su alma. Aquella mujer tan interesante se cogió del brazo del rival de Curro como la sombra del pecado que envuelve á su siervo.

Así marcharon durante un rato cruzando algunas calles.

Al pasar por la plaza del Campillo, Juana, solicitó descansar un rato en los asientos de aquel paraje.

El enamorado mozo estaba fuera de sí. Había sentido de cerca el aliento de aquella mujer tan verdaderamente encantadora; había oprimido su mano contra el pecho; había hablado con ella sin reparaciones ni obstáculos. Era suya. Aquel hombre, con la respiración comprimida, ébrio, loco de amor, se sentó al lado de su amada y quiso rodear su cuello con sus brazos y hasta darle un beso en los labios, pero Juana, separándolo de sí rápida como el pensamiento, le dijo que esperase un poco porque tenía que hablarle antes de ciertas cosas.

Empezó por describirle en breves y apasionadas frases sus relaciones con Curro, la felicidad de que disfrutara con aquellos amores tan puros, tan desinteresados y tan grandes; y cuando menos lo esperaba su raptor, se encontró con que aquella víctima de la mordacidad de su lengua, de la torpeza de sus planes, de la perversidad de sus celos, cambiaba de

de tono, se erguía poco á poco con la dignidad de la virtud ultrajada y le iba echando en cara cuanto él había hecho para que se viese devorado Curro por el demonio de la duda.

Maquinalmente se desviaba de su lado el acompañante de Juana; pero ella le retuvo hasta el fin de su inesperado relato, y cuando intentó incorporarse á viva fuerza el delincuente, Juana, arrojándose á él como la herida leona de los desiertos africanos, sintiendo hervir en sus venas la sangre árabe que corre en abundancia por las venas de las hijas de Andalucía, hundiéndose en el pecho de aquel hombre una navaja de Albacete que acariciaba tiempo hacía bajo el negro manto en que iba envuelta.

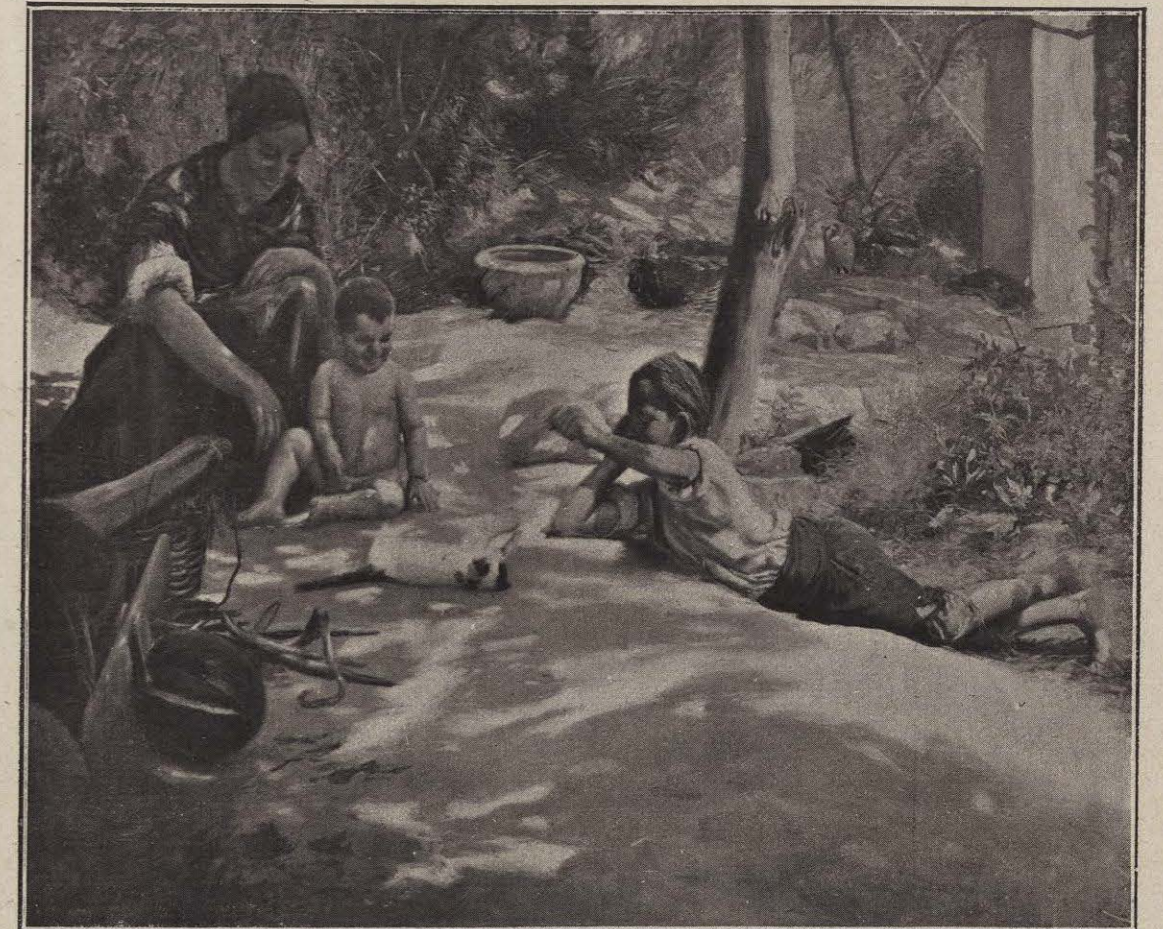
Y allí quedó él, sin movimiento, atravesado el corazón por el filo del arma homicida.

Juana dió parte ella misma á la policía de que en uno de los asientos de la plaza del Campillo quedaba un hombre, atravesado el pecho de una puñalada. Dijo que le había dado muerte ella, y expuso el motivo.

Como principal testigo, compareció Curro ante el tribunal, transida el alma de dolor y lleno de vergüenza y desesperación por haberse dejado llevar de las falsas palabras de un rival encubierto. Juana fué puesta en libertad al poco tiempo, y desde entonces, las granadinas, á los que tratan de quitar honras con la lengua, les cuentan en seguida la historia que acabó en el Campillo.

P. SAÑUDO AUTRAN

J. J. GÁRATE



RATOS DE OCIO

Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901.

UMBRA

RONDEL

En la noche tenebrosa de mis viejas agonías sólo hay horribidos fantasmas, sólo hay cantos agoreros de volátiles infandos que pavor infunden, fieros, mientras raudo brama el bóreas con salvajes armonías.

Bardo errátil de las sombras, al cruzar por mis senderos, siento voces interiores, como extrañas rebeldías, que en la noche tenebrosa de mis viejas agonías son un reto á los fantasmas y á los cantos agoreros.

Ya más nunca entre sus manos sentiré las manos más: separadas nuestras almas de sus sueños lisonjeros por un ósculo de muerte, llevan hoy distintas vías; y en tanto ella brilla, acaso cortejada por luceros, yo fenezco en la hosca noche de mis viejas agonías.

L. TORRES ABANDERO

Caracas.

EL VALOR DE LAS COSAS

(CUENTO DE TODAS LAS EDADES)

JUAN y Pedro tratan de negocios, que es, después de todo, una de las cosas más inocentes de que pueden tratar los hombres.

Y Pedro le dice á Juan:

—Desengáñate, chico, tu sistema de producir conducirá á la ruina á tus competidores, sin beneficio tampoco para ti. ¿Qué vas, por tanto, consiguiendo? ¿Qué empeño tienes en reventar un negocio que, llevado con más tino, puede producir óptimos frutos para ti en primer lugar, y para los que te sigan, después? A todo proyecto debes siempre darle un margen que te permita realizarle con holgura...

—Pero, ¿y las probabilidades del éxito?— replicaba Juan. —Porque no me negarás que una misma cosa á cinco, se venderá mucho más que á diez, y puesta á quince, más que á treinta... A menos de que la lógica sea para ti un papel mojado.

—¿En asuntos que se relacionen con ese niño, no monstro, de cien mil cabezas que se llama público? ¡Pues ya lo creí! ¡Mojado y muy mojado y hasta convertido en papilla! Además, ¿por qué desprestigiar uno mismo su mercadería?... ¡Ya se encargará de eso el tendero de enfrente! A las cosas hay que darlas valor, para que el público se le dé también.

—¿Y qué valor?



BODAS TRASNOCHADAS — Cuadro de JULIO BORRELL.

JOSÉ CUSACHS



¡A LA SALUD DE LOS AMOS!

Salón Robira (Fernando VII, 59).

RICARDO BRUGADA



EL BILLETE